

LA BÚSQUEDA FILOSÓFICA: TENSION, CRÍTICA Y DECISIÓN

Anabella Schoenle / Universidad de Buenos Aires

Forma parte del camino que transito como estudiante de la carrera de filosofía la constante pregunta sobre qué es la filosofía y qué significa ser filósofo (o, planteado de manera mas personal, ¿Qué es esto en lo que estoy convirtiéndome al estudiar filosofía?). ¿Porqué cuando llego a casa no encuentro a quién interesar con los argumentos sobre la virtud aristotélica? Hay aquí un tema: la relación del filósofo, un intelectual, un teórico, con la sociedad que habita, con la acción permanente que ejerce como humano. Pregunto: ¿Hay un lugar para el filósofo? ¿Por qué ese lugar parece estar separado de lo cotidiano? ¿Es la relación sociedad- filósofo un nuevo caso de dualismo?

Pensé que encontraría respuestas posibles en ética, es la materia práctica de la carrera. Pero no fue así, las respuestas prácticas las encontré estudiando Metafísica. Porque el programa que planteó la cátedra, desde un comienzo proponía una definición (o quizá, una decisión): toda concepción ética, supone una concepción metafísica u ontológica, y esto tiene relación con los efectos de los sistemas filosóficos. La concepción de la ética como área que supone una concepción metafísica, ontológica reflejaba una intuición que venía persiguiéndome desde la cursada de Ética. Esto es: ¿Cuál es el punto a debatir? ¿Discutimos el argumento utilitarista pero no de qué hombre hablamos? ¿Podemos discutir y llegar a una problematización ética relevante sin discutir a qué hombre concierne la ética en discusión? ¿Se filosofa intentando armar redes coherentes de conceptos, argumentaciones racionales, sin tener en cuenta los efectos que esto supone?

Al abordar el problema de la metafísica que definimos en un primer momento como el problema del ser, vimos cómo la problematización se extendía a la metafísica misma como disciplina. Este modo de poner en cuestión la disciplina, me permitió buscar un planteo que posibilitara ver a partir de los problemas filosóficos, el problema de la filosofía como disciplina.

Al comprender la relación intrínseca entre ontología y ética entendí que el planteo pertenecía al ámbito de la metafísica. Entonces me replanteé la pregunta: ¿La

problematización relevante sobre la acción, organización y las formas políticas que forman parte de la vida humana suponen un debate sobre la concepción ontológica que sostiene esta realidad?

Hallé en el artículo “Filosofía nietzscheana de la tensión: la re-sistencia del pensar” de Mónica Cragolini una concepción de filosofía que desde mi punto de vista releva la problemática sobre el alcance que ofrece la disciplina para abordar los problemas humanos.

Según una periodización que plantea Cragolini sobre los momentos del desarrollo de la filosofía nietzscheana, podemos concebir tres períodos: el momento de la filosofía como metafísica, el momento de la filosofía integral y el momento de la filosofía artística. La obra *El crepúsculo de los ídolos*, que tomo en el presente trabajo pertenece al momento de la filosofía integral, en la que la actividad filosófica se define como *filosofar a martillazos*. Esto significa considerar, entonces, a la filosofía como un ejercicio crítico.

El concepto *crítica* aquí aludido nos posiciona en un determinado modo de filosofar. Porque la definición de crítica desde la perspectiva nietzscheana permite el ejercicio de una filosofía que da lugar al pensamiento que acompaña el movimiento de la realidad en la que nos encontramos inmersos. Pues al ser una concepción del desarraigo, que asume una dinámica de la problematización, nos permite atender a los movimientos de la sociedad. Mónica Cragolini señala como filosofía nietzscheana la idea de un pensar tensionante. Ella dice:

Se podría postular, como herramienta conceptual, la idea de un *pensar tensionante* que no concluya en soluciones últimas sino que deje las mismas en un estado de siempre abiertas y siempre provisorias. En esta medida, el pensamiento de Nietzsche [...] podría resultar, desde una visión prespectivística, una muestra de esta forma de pensar y, tal vez, la posibilidad de un nuevo tipo de racionalidad (Cragolini, 2000: 4)

Desde este concepto me parece interesante ver las posibilidades del abordaje filosófico de la realidad social. Porque encuentro en la idea de *pensar tensionante* la presencia de las particularidades, de las diferencias y de la multiplicidad que se halla en la vida humana. Precisamente, lo que da esta posibilidad es la exclusión del momento sintético de reflexión que al ejercerlo borra ciertas particularidades relevantes de la problemática sobre la acción humana.

El encuentro con las obras filosóficas de Nietzsche suele desconcertar, pues no hay desarrollos argumentativos, ni estructura aparente de la exposición, ni concepción

filosófica explícita. La crítica a las concepciones filosóficas ajenas es preponderante y no parece haber planteo afirmativo alguno. Esto denota el desafío que propone Nietzsche al modo tradicional de escritura filosófica. Los planteos filosóficos los desarrolla de manera desestructurada y no argumentativa. Utiliza la escritura de epigramas como en “Sentencias y dardos”, y en otros casos encontramos directamente un ataque al uso de la razón y sus argumentaciones como leemos en “La razón en la filosofía”.

Retomo un planteo del artículo de Cragnolini, respecto de la posibilidad que ofrece el modo de filosofar nietzscheano:

En la medida en que los modos de filosofar que critica Nietzsche [...] suponen la necesidad de afirmaciones últimas; la generación de perspectivas implica la posibilidad del cambio de las mismas, de acuerdo a las circunstancias y a su valor “al servicio de la vida”. (Cragnolini, 2000: 10)

Es decir, hay un modo de filosofar que tiene en cuenta el valor de lo que acontece y que evita las momias conceptuales que generan los filósofos que buscan el fundamento último. Cuando Nietzsche hace la crítica de los pensamientos filosóficos que le precedieron hay una idea principal que ataca: la idea de la búsqueda de fundamento. La filosofía, desde la perspectiva tradicional, sería la búsqueda de la verdad última. Que permitiría ordenar la realidad de modo definitivo y totalizante. Porque cada problema que se descubra, o por el cual el filósofo se pregunte, tendrá una explicación o un abordaje en función del fundamento ya establecido. Lo cual cierra las posibilidades de detenerse momentáneamente en las diversas perspectivas que ofrece una misma problemática. Esto significa que una vez encontrada la verdad fundamental, habría que ordenar todos los ámbitos de la vida alrededor de ese fundamento. Es decir, de manera coherente con esa idea fundamental. Nietzsche, al plantear el cambio del lugar de la razón en el pensamiento filosófico abre las posibilidades de problematización filosófica hacia otros lugares de reflexión, y por lo tanto, a lugares de acción filosófica. A partir de esto replanteo entonces: ¿La problematización filosófica permite generar respuestas para *un* presente?

En el artículo, la autora, desarrolla su interpretación de la filosofía nietzscheana y la distingue de otras interpretaciones del pensamiento de Nietzsche. Allí aparecen caracterizadas dos posturas extremas acerca de la filosofía nietzscheana que la autora descarta en función de una posición que escapa a las interpretaciones absolutizadoras.

Encontramos entonces dos interpretaciones extremas. Por un lado, la interpretación de la filosofía nietzscheana como omniafirmación. Nietzsche es, según esta postura, un pensador que dice ““si” a todo lo que acontece” (Cragolini, 2000: 1), un filósofo que no arriesga su pensamiento sino que se aferra a las seguridades que ofrecen las verdades fundamentales ya establecidas. Y, por otro lado, una interpretación que muestra a un filósofo negador y destructor en tanto crítico. Tanto en una como en otra la exageración sobre algunos aspectos de la filosofía nietzscheana deja como resultado un reduccionismo de las concepciones del pensador. Por esto, se ofrece una interpretación que propone no extremar posiciones sino ver la filosofía nietzscheana en su amplitud. Para esto es necesario tener presente el concepto de *tensión*.

Según esta interpretación una de las herramientas relevantes para la posibilidad de concebir el cambio en filosofía es tomar a la razón de un modo diferente a su uso argumentativo y demostrativo tradicional que se desarrolla en función de encontrar un fundamento. Nuevamente, esto nos lleva a la idea de tensión. Es la idea que permite concebir que el ejercicio de crítica no se queda en la destrucción, es decir que la crítica no se agota en su aspecto negativo, sino que critica para afirmar. Este proceso de crítica supone comprender las tensiones del pensamiento y de la realidad que no se superan sino analizándolas como tales, sin la pretensión de sintetizarlas, ni de buscar un punto de fundación que las resuelva.

Esta concepción o modo de ver y ejercer la filosofía permite y requiere concebir la temporalidad de una manera particular que se refleja en el concepto de “eterno retorno” que se define como el instante vivido de manera tal como si fuera a repetirse eternamente. La concepción del tiempo, tomada desde la noción de instante, enfocada desde el concepto de “eterno retorno” de Nietzsche, es interpretada como *decisión* en el artículo de Cragolini. Aquí aparece el tercer concepto vertebrador de la reflexión que propongo: el de *decisión*. Cragolini afirma: “la decisión permite la modelización de lo acontecido y de lo que acontece.” (Cragolini, 2000: 19). Entiendo entonces que adoptar la concepción del eterno retorno supone una decisión. Sin ella no se puede aceptar esta concepción temporal porque es una concepción que funciona a manera de guía o “idea regulativa” –utilizando terminología kantiana- o de *como si*. Porque vivir el instante como si fuera a repetirse eternamente dispone de otra manera lo relevante del momento. Y, a su vez, es una concepción temporal, una decisión acerca de cómo vivir el tiempo, que permite comprender el ejercicio filosófico como creación

permanente de conceptos. Porque el ejercicio filosófico no es la búsqueda de fundamento sino la decisión permanente sobre lo que fluye desde una unidad que también fluye permanentemente, por lo tanto, hay que *decidirla* permanentemente. Nietzsche plantea de la siguiente manera en “El problema de Sócrates”, el funcionamiento de la razón que busca fundamentos: “Cuando es necesario hacer de la razón un tirano, como Sócrates hizo, hay gran peligro de que cualquier otra cosa haga también de tirano.” (Nietzsche, 1999:20) Es decir, no cambia el modo de filosofar por cambiar el contenido del fundamento, cambia el modo de filosofar si el fundamento deja de ocupar un lugar en la búsqueda filosófica.

Desde la concepción filosófica tradicional no habría posibilidad de intervención filosófica en lo que acontece, porque todo lo que acontece tendrá que ser coherente con un principio o una totalidad concebida anterior a los sucesos. Este modo de reflexión filosófica no ofrece necesariamente una problematización que se refiera concretamente a lo que acontece por ofrecer explicaciones atadas a lo supuestamente ya entendido. Como si la filosofía construyera un sistema en el cual todo necesariamente tiene un lugar y lo que no tiene lugar no existe. La filosofía nietzscheana, en cambio, nos ofrece concebir la tarea de la filosofía como tarea crítica. Y a su vez, como tarea de creación. Al reflexionar sobre lo que acontece aceptando su movimiento y multiplicidad, el filósofo encuentra un lugar como agente de acción en la sociedad. Pues, cuando el filósofo reflexiona libremente se permite encontrar en la realidad las diferentes perspectivas que la componen, ofreciendo así un ejercicio de práctica sobre lo que acontece, un ejercicio de continua creación de la realidad que no se cierra sobre una estructura de comprensión previa sino que permite generar nuevos espacios de vida a partir de la realidad vivida. Podemos considerar entonces una nueva pregunta ¿por qué tendría que haber algo propio de la razón? ¿Y por qué eso propio de la razón fue hallado en su capacidad universalizadora?

Vemos que la problematización nos lleva a filosofar aceptando la multiplicidad como característica de los temas que aborda la filosofía. En el artículo encontramos esta afirmación al respecto:

El carácter provisional de las perspectivas implica [...] un modo de pensar que no busca seguridades últimas sino que opera a partir de un continuo movimiento, que genera sentidos como modo de enfrentamiento con lo caótico, pero que recrea esos sentidos en una tarea continua de disgregación de los mismos. (Cragolini, 2000: 11)

Tanto el artículo citado como el texto *El crepúsculo de los ídolos* de Nietzsche son escritos que permiten ver la cuestión filosófica ligada a la cuestión de los efectos de la filosofía. La búsqueda filosófica entonces, se me presentó como actividad crítica, de reflexión y de decisión sobre lo que acontece y sobre la acción humana ante lo que acontece.

Tomemos el texto “Los cuatro grandes errores”, allí Nietzsche aborda los errores que ocasionaron concepciones fundamentadas en la razón. Encontramos los siguientes errores: de la confusión entre la causa y el efecto; el error de una falsa causalidad; error de las causas imaginarias; y el error del libre albedrío. Al tratar el error de la confusión entre la causa y el efecto, Nietzsche acusa: “Ningún error mas peligroso que el de confundir el efecto con la causa, yo le llamo la verdadera perversión de la razón.” (Nietzsche, 1999: 36) Este, dice Nietzsche, es el error más antiguo de la humanidad. Y nombra los dos ámbitos en los que se encuentra este error: la religión y la moral. Pues en estos dos ámbitos encontramos pensamientos dogmáticos que prescriben cómo debe ser la acción humana con el fin de la felicidad. Nietzsche plantea entonces, la confusión de pensar al carácter virtuoso de las personas como causa de la felicidad. Según la moral habría un imperativo a seguir para ser virtuoso. Nietzsche plantea que no hay un imperativo que seguir para ser virtuoso y, por lo tanto, feliz. Contrariamente, dice que es necesario, para salir del error, entender al revés la fórmula. El hombre que es feliz, que realiza determinadas acciones y rechaza otras instintivamente, ese será el virtuoso. Y es virtuoso por ser feliz. Y es feliz por seguir sus instintos no por seguir un imperativo.

El recorrido filosófico de Nietzsche aparece planteado en obras que desafían la estructura filosófica argumentativa forzando los límites entre la argumentación racional y la provocación resultando una escritura que aparenta ser despreocupada. Vemos desde esta forma de escritura de las reflexiones filosóficas un desafío a la construcción del paradigma de razón que constituyó tradicionalmente la forma de problematización y argumentación filosófica. La razón que busca fundamentos por medio de argumentos, y descubre contradicciones para descartarlas, propia de la filosofía tradicional es rechazada en los textos de Nietzsche. Por ello nos interesa destacar la concepción de filosofía de la tensión. No sólo es relevante para este trabajo la definición expuesta, sino la apertura de la consideración filosófica a los efectos prácticos de la filosofía. Proponemos entonces asumir ese lugar filosófico y decidir cómo ocuparlo.

El ejercicio de búsqueda continua que podemos realizar desde la filosofía constituye el lugar desde el cual podemos ver la sociedad sin forzarla a sostenerse sobre explicaciones que responden a una estructura de realidad preconcebida. Nietzsche dice en “La moral como contranaturalidad”: “La realidad nos muestra una riqueza de tipos fascinadora, la exuberancia de un monstruoso juego y cambio de formas” (Nietzsche, 1999: 35). Por esto es necesario adoptar una concepción ontológica amplia, que permita ver la multiplicidad de expresiones de ser y no ser. Que nos permita pensar una concepción abierta sobre las acciones humanas. Una concepción filosófica que nos permita hacer un ejercicio crítico de la sociedad teniendo en cuenta las tensiones que la atraviesan para poder debatir sobre ellas y poder decidir cómo actuamos a cada momento. Porque es necesario asumir que la filosofía sirve para algo. Porque el modo de ejercerla supone asumirla como reproductora de la sociedad en que vivimos; o como posibilidad de proponer y accionar rumbos hacia los cuales dirigimos. Por ello encuentro el lugar del filósofo, allí donde haya que reflexionar, es decir que criticar, con la propuesta de construir realidad asimilando las tensiones inherentes a lo que acontece. Pues, la acción humana es constante, y a las acciones que hoy llevamos a cabo subyacen concepciones ontológicas que se concretan en la reproducción de lo que acontece o en la posibilidad de cambio de lo que hacemos. El filósofo puede ver esas concepciones ontológicas -verlas todas quizá sea lo propio de la razón filosófica-, puede ver la diversidad, lo que estamos siendo. Ese ejercicio filosófico nos permite entender qué hombre somos y decidir qué hombre nos proponemos ser. Así la filosofía funciona como herramienta para problematizar las particularidades del presente y ofrecer respuestas. No estoy justificando un fin utilitario de la filosofía, sino estoy intentando explicitar que cumple una función como disciplina humana. Entonces, es necesario decidir un lugar y una posición desde la cual filosofar. Por ello entiendo la búsqueda filosófica como tensión, crítica y decisión, pues la filosofía ofrece perspectivas sobre lo que sucede, porque lo que sucede es múltiple, pero la decisión del hombre es una cada vez, ante cada multiplicidad. Y esto supone asumir una concepción ontológica que se expresa en decisiones éticas. Por ello entiendo que el problema de la separación filósofo- sociedad, o en términos más abarcativos universidad-sociedad, es una decisión, que podríamos entenderla como indiferencia o desinterés, pero no es un nuevo caso de dualismo del que hay que hallar la argumentación reparadora. Y en esa decisión hay también una explicación al tipo de respuestas que estamos generando y/o que están faltando en este presente.

Bibliografía

Cragolini, M. B. (2000). Filosofía nietzscheana de la tensión: la re-sistencia del pensar.

Contrastes, 5 , 227 – 242.

Nietzsche, F. (1999). *El ocaso de los ídolos*. Buenos Aires: Fausto.